

12 de octubre

Juan Carlos Fernández
Juancfernandezescritor.es



Hace unos años, en el transcurso de un viaje a Francia, tuve ocasión de asistir como invitado a distintas celebraciones con motivo de su Fiesta Nacional del 14 de julio. Presencí, en una tribuna instalada en los Campos Elíseos, el desfile militar presidido por Chirac, evento central de los fastos y, sin lugar a dudas, el más espectacular de ellos.

La jornada anterior, en Rambouillet, ciudad con la que hay que mimar nuestro hermanamiento, también participé en otras celebraciones, tal vez no tan espectaculares, pero no menos sentidas: un homenaje a los caídos, en el que estaban presentes veteranos de la II Guerra Mundial y, posteriormente, una recepción con autoridades locales y regionales, en la que muy amablemente, y por sorpresa, se me invitó a intervenir. Como fin de fiesta, un magnífico espectáculo pirotécnico y musical.

Estoy convencido de que a muchos esto les parecerá una mera expresión del chauvinismo galo. Otros, cómo no, pensarán que eso de los rituales y ceremonias es cosa caduca. Tanto como hablar de la patria, ahora que hay tanto *ciudadano del mundo*.

Sea como fuere, no parecen menudear en España celebraciones con tanto contenido, excepción hecha quizá del desfile militar y alguna recepción que pueda ofrecer su majestad el rey. Confieso que me da una envidia tremenda el que otros celebren con total normalidad su pertenencia a su nación, honrando con ceremonias emotivas a los que se dejaron el pellejo en el campo de batalla y disfrutando abiertamente y con orgullo de los actos.

Aquí, parece que nos avergonzamos de hablar de la patria, como si ese concepto fuera un invento del franquismo o de no sé quién. Somos bastante irrespetuosos con nuestros símbolos, y podemos estar asistiendo al izado de la bandera con el himno interpretado por la mejor banda de música, mientras nos rascamos la cabeza o usamos el móvil. No estamos acostumbrados, como en Francia o en Bélgica, a ver a los representantes políticos revestidos con bandas con los colores nacionales en los actos solemnes. Es más, creo que aquí los chistes aparecerían en tres minutos.

Sólo los nacionalistas se refieren abiertamente a su patria, mientras los españoles que proclamamos amar a España dormitamos sin prestar atención a los símbolos.

Alegarán algunos que esta es una cuestión superficial. Pero, ¿acaso esta superficialidad no es expresión y reflejo de algo más profundo? Así nos luce el pelo.

No puedo dejar de evocar al viejo senador socialista José Prat que, poco antes de morir, según recuerdo, en una memorable intervención en la Cámara se emocionó hablando sobre nuestra Fiesta Nacional, sobre nuestra patria, y no tuvo empacho en recordar a Rubén Darío: "¡inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!"

Echo de menos algo más de símbolo y señal en la Fiesta Nacional del 12 de octubre. Con ocasión de las festividades autonómicas, en nuestros pueblos se celebran plenos, se izan banderas, se leen discursos, se conmemora *lo nuestro*. España es, más que nada, lo nuestro. ¿Por qué no puede reservarse algún acto para el 12 de octubre? ¿Nos avergüenza la idea de España o, simplemente, somos dejados? Quizá algunos necesitaran ver que, con el mismo ímpetu que ellos celebran sus *hechos diferenciales*, nosotros nos apresuramos a regocijarnos con lo que nos une. Sin vergüenza. Aprendamos de otros países, donde los ciudadanos se respetan a sí mismos. Si es posible.